

gospodínov



física de la  
tristeza

# FÍSICA DE LA TRISTEZA

GUEORGUI GOSPODÍNOV

Título original: **Физика на тъгата**

© 2011 Gueorgui Gospodínov. All rights reserved  
© 2018 María Vútova y Andrés Barba por la traducción  
© 2018 Nicola Kloosterman por el *collage* de cubierta (todos los derechos reservados)  
© 2018 Dobrinka Stoilova por el retrato del autor  
© 2018 Fulgencio Pimentel por la presente edición

[www.fulgenciopimentel.com](http://www.fulgenciopimentel.com)

ISBN de la edición en papel: 978-84-16167-78-4  
ISBN digital: 978-84-16167-38-7

Primera edición en papel: septiembre de 2018



Cofinanciado por el  
programa Europa Creativa  
de la Unión Europea

Editor: César Sánchez  
Editores adjuntos: Joana Carro y Alberto G<sup>a</sup> Marcos  
Diseño de cubierta de Daniel Tudelilla y César Sánchez



## EPIGRÁFICA

O mytho é o nada que é tudo.

F. PESSOA, *Mensagem*

Hay solo infancia y muerte. Y en medio, nada.

GAUSTÍN, *Autobiografías escogidas*

Ya no es mágico el mundo. Te han dejado.

BORGES, 1964

... Y entro en los campos y anchos palacios  
de la memoria, donde están los tesoros  
de innumerables imágenes...

SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro X

Solo lo fugaz y lo efímero merecen ser narrados.

GAUSTÍN, *Los abandonados*

Siento anhelos de volar, de nadar, de ladrar, de mugir, de  
aullar... Quisiera tener alas, un caparazón, una corteza co-  
mo los árboles; quisiera echar humo, tener una trompa, re-  
torcerme, dividirme en muchas partes, estar en todo, ema-  
nar mi esencia junto con los olores, crecer como las plantas,  
fluir como el agua... penetrar en cada átomo, descender

hasta el fondo

de la materia, ¡ser la materia!

GUSTAVE FLAUBERT,

*Las tentaciones de san Antonio*

... Mixing  
memory and desire...  
T. S. ELIOT, *The Waste Land*

Los géneros puros no me interesan mucho.  
No hay raza aria en la novela.  
GAUSTÍN, *Novela y nada*

Si el lector lo prefiere, puede considerar  
el libro como obra de ficción...  
ERNEST HEMINGWAY,  
*París era una fiesta*

## PRÓLOGO

Nací a finales de agosto de 1913 como ser humano de sexo masculino. Desconozco la fecha exacta. Esperaron unos días para ver si sobrevivía y solo entonces me inscribieron en el registro. Lo hacían así con todos. Los trabajos de verano se acababan, aún quedaba por cosechar algo en el campo, la vaca parió un ternero, necesitaba cuidados. La Gran Guerra estaba a punto de comenzar. La pasé junto con el resto de las enfermedades de la infancia: la varicela, el sarampión, etc.

Nací dos horas antes del amanecer como mosca de la fruta. Moriré esta noche tras el atardecer.

Nací el uno de enero de 1968 como ser humano de sexo masculino. Recuerdo con detalle y de principio a fin todo el año 1968. No recuerdo nada del año en que estamos. Ni siquiera sé el número.

Nací desde siempre. Aún recuerdo el comienzo de la Edad de Hielo y el final de la Guerra Fría. La visión de la muerte de los dinosaurios (en ambas épocas) es uno de los espectáculos más insoportables que he presenciado.

Aún no he nacido. Soy inminente. Tengo menos siete meses. No sé cómo se lleva la cuenta de este lapso negativo en el útero. Soy pequeño (o pequeña, todavía no conocen mi sexo) como una aceituna, peso un gramo y medio. Mi apéndice se retrae. Se aleja el animal en mí, se despide saludándome con su rabo menguante. Creo que estoy pre-

destinado a ser humano. Aquí todo es oscuro y acogedor, estoy atado a algo que se mueve.

Nací el seis de septiembre de 1944 como ser humano de sexo masculino. Eran tiempos de guerra. Una semana más tarde mi padre marchó al frente. Mi madre se quedó sin leche. Una tía estéril quiso acogerme y criarme, pero no quisieron darme en adopción. Lloraba de hambre noches enteras. En vez de biberón, me daban a chupar pan mojado en vino.

Recuerdo haber nacido como rosal silvestre, como perdiz, como *Ginkgo biloba*, como caracol, como nube de junio (el recuerdo es fugaz), como azafrán otoñal de color lila cerca de Halensee, como cerezo prematuro helado por la nieve tardía de abril, como la nieve que heló el crédulo cerezo...

Yo somos.

# I - EL PAN DE LA TRISTEZA

## EL HECHICERO

—Y entonces un hechicero me arrebató la gorra de la cabeza, la atravesó con el dedo y le abrió un agujero así de grande. Yo empecé a llorar. ¿Cómo iba a volver ahora a casa con la gorra rota? Entonces se echó a reír, sopló sobre ella y, oh, maravilla, quedó como nueva otra vez. Menudo hechicero era aquel.

—Que no, abuelo, que es un mago —me oigo decir.

—En aquella época eran hechiceros —me aclara el abuelo—, se hicieron magos más tarde.

Pero yo ya estoy allí, tengo doce años, debe de ser 1925. Ahí está la moneda de cinco céntimos que aprieto en mi mano sudada, siento los bordes. Por primera vez voy a la feria yo solo, y con dinero para gastar.

*Pasen y vean, damas y caballeros... Vean la tremenda pitón, tres metros de largo de la cabeza a la punta de la cola y otros tantos de la punta de la cola a la cabeza...*

¡Diablos!, ¿una serpiente de seis metros?... Eh, alto ahí, ¿a dónde crees que vas? Me debes cinco céntimos... Pero si es todo lo que tengo, no pienso gastármelo en una serpiente cualquiera...

Enfrente venden pomadas, barro medicinal y tintes para el pelo.

*Tiiinteeeee para el peeeelooo, seeesos para el leeeello...*

¿Y quién es ese hombre rodeado de abuelas que sollozan?

... *Nikolcho, prisionero de guerra, regresó por fin a casa y supo que su joven esposa se había prometido con otro, Nikolcho fue a buscarla a la fuente y le arrancó la cabeza, y mientras volaba por los aires dijo la cabeza así: ay, Nikolcho, ¿pero qué me has hecho?... Sí, abuelas, sí, lloren a moco tendido...*

Y las abuelas llora que te llora... *No dejen de comprar el cancionero si quieren descubrir el terrible error que cometió Nikolcho al asesinar a su inocente esposa...*, dice el vendedor del cancionero. Jobar, ¿cuál sería su error?...

Me empuja la gente, multitud de gente, yo aprieto el dinero. No vayan a robártelo, me dijo mi padre cuando me lo dio.

*Detente en lo de Agope y prueba su sirope. Escrito con letras grandes y rosadas, como el sirope. Trago saliva. ¿Y si me tomo uno?...*

*Piruleetas de azúcaar...*, me tienta el diablo disfrazado de abuela armenia. *Si estás bien de la chaveta, tómate una piruleta... ¿Qué elijo? ¿El sirope o la piruleta de azúcar? Estoy ahí en medio, trago saliva, no consigo decidirme. Mi abuelo no consigue decidirse en mi interior. Conque viene de ahí esa indecisión mía que me atormentará toda la vida. Me veo parado en ese escenario, flaco, larguirucho, con la rodilla raspada, la gorra a punto de ser agujereada por el hechicero, boquiabierto y tentado por todo ese mundo que se me ofrece. Me alejo un poco más, me observo a vista de pájaro, todos corretean a mi alrededor, yo estoy inmóvil, mi abuelo está inmóvil, los dos en el mismo cuerpo.*

Paf, una mano me arrebató la gorra de la cabeza. He llegado a la mesita del hechicero. Tranquilo, no voy a llorar, sé bien lo que va a pasar. Ahí está el dedo del hechicero atravesando la tela, tío, menudo agujero. La multitud que me rodea ríe a carcajadas. Alguien me da una colleja, tan fuerte que se me saltan las lágrimas. Yo espero, pero el hechicero parece haberse olvidado de cómo seguía la historia,

deja mi gorra agujereada a un lado, acerca la mano a mi boca, la gira y, horror, siento que mis labios están sellados. No puedo abrir la boca. Me he quedado mudo y la gente a mi alrededor se parte de risa. Intento gritar pero solo se escucha un mugido gutural. Mmmm. Mmmmm.

*Harry Stoev está en la feria, Harry Stoev ha vuelto de América...*

Un hombre fornido con traje de ciudad se abre paso entre la multitud, la gente cuchichea respetuosa y lo saluda. Harry Stoev, el nuevo Dan Kolov, el sueño búlgaro. Sus piernas valen un millón del dinero americano, dice alguien detrás de mí. Les hace una llave con las piernas y los estrangula, no pueden moverse. Claro, por eso se llama el abrazo de la muerte, murmura otro.

Imagino vívidamente a los luchadores estrangulados, tirados el uno junto al otro sobre la lona, y siento que empieza a faltarme el aire, como si la llave de Harry Stoev me hubiese atrapado también a mí. Me alejo corriendo mientras la multitud va tras él. Escucho entonces a mis espaldas:

*Pasen y vean, damas y caballeros... El niño con cabeza de toro... Un milagro nunca visto. El pequeño Minotauro del Laberinto con tan solo doce años... Uno puede comer por cinco céntimos, beber por cinco céntimos, pero le será difícil ver algo que contará durante el resto de su vida por solo cinco céntimos.*

Según su recuerdo, el abuelo no entró ahí. Pero ahora soy yo el que recorre la feria de este recuerdo, yo soy el recuerdo, y el recuerdo me empuja irresistiblemente a entrar. Entrego mi moneda, me despido de la serpiente pitón y de sus dudosos seis metros, del sirope helado de Agope, de la historia del prisionero Nikolcho, de las piruletas de azúcar de la abuela armenia, del abrazo de la muerte de Harry Stoev y me sumerjo en la carpa. Donde habita el Minotauro.

De ahí en adelante, el hilo del recuerdo de mi abuelo se vuelve fino, pero no se rompe. Él aseguró siempre que no se había atrevido a entrar; sin embargo, yo lo consigo. De-

bió de guardárselo para él porque ¿cómo podría estar yo aquí, dentro de su recuerdo, si no hubiese estado él antes que yo? No sé, hay algo que no cuadra. Ya estoy dentro del laberinto y resulta que es una gran carpa en penumbra. Lo que contemplo es muy distinto a las ilustraciones en blanco y negro de mi libro favorito sobre mitos de la Grecia Antigua, ese en el que vi por primera vez al monstruo del Minotauro. Esto no tiene nada que ver. Este minotauro no es terrible, es triste. Es un minotauro melancólico.

Hay una jaula de hierro en mitad de la carpa. No mide más de cinco o seis pasos de largo y es solo un poco más alta que un hombre. Los finos barrotes metálicos están empezando a empañarse por el óxido. A un lado de la jaula hay un colchón y, junto a él, un taburete de tres patas; al otro, un cubo de agua y paja desperdigada. Un rincón para el hombre, otro para el monstruo.

El Minotauro está sentado en la sillita, de espaldas al público. No impresiona porque parezca una bestia, sino porque en cierta manera es humano. Es su humanidad lo que te deja helado. Tiene cuerpo de niño, como yo.

Un primer vello adolescente en las piernas, los dedos de los pies largos —quién sabe por qué esperaba encontrarme unas pezuñas—, unos pantalones cortos y ajados que le llegan por las rodillas, una camisa de manga corta y... una cabeza de toro joven, algo desproporcionada en comparación con el resto del cuerpo: grande, peluda y pesada. Como si la naturaleza hubiera titubeado, y se hubiese quedado a medias entre el toro y el hombre, como si se hubiera distraído o asustado. Estrictamente, no es una cabeza de toro; tampoco es estrictamente humana. ¿Cómo describirla, cuando también el idioma titubea y se bifurca? La cara (¿o es el hocico?) es alargada, la frente se extiende ligeramente hacia atrás, pero es igual de maciza, con unos huesos que sobresalen por encima de los ojos. (En realidad, así es la frente de todos los hombres de mi familia. En este punto me paso sin querer la mano por el cráneo). Su man-

díbula inferior es demasiado prominente, sólida, los labios mucho más gruesos. Lo animal siempre se esconde en la mandíbula, desde allí la bestia se despide por última vez de nosotros. Sus ojos están inusualmente separados, debido a esa cara (u hocico) alargada y aplastada hacia los lados. Le cubre la superficie facial un vello parduzco. No es barba, es vello. Solo cerca de las orejas y la nuca el vello se espesa y se convierte en pelaje, creciendo de manera salvaje y confusa. Aun así, es más humano que otra cosa. Hay en él una tristeza que no posee ningún animal.

Cuando la carpa está llena, el hombre ordena levantarse al niño minotauro. Él se incorpora de la silla y por primera vez observa a la multitud que hay dentro. Nos recorre con la mirada, obligado a girar la cabeza debido a sus ojos laterales. Me parece que se detiene en mí por un instante. ¿Tendremos la misma edad?

El hombre que nos condujo hasta el interior de la carpa (¿su tutor?, ¿su propietario?) inicia su relato. Es un revoltillo peculiar de leyenda y biografía que ha ido perfilando poco a poco, de feria en feria, de tanto repetirse. Una historia en la que los tiempos se alcanzan y se entretajan. Algunos sucesos ocurren en este momento, otros en un pasado remoto e inmemorial. También los escenarios se confunden, sótanos y palacios, reyes cretenses y pastores locales construyen el laberinto de esta historia sobre el niño minotauro hasta que uno se pierde en su interior. La narración serpentea como un laberinto y por desgracia jamás podré rehacer sus pasos. Es una historia con pasillos sin salida, hilos que se rompen, puntos ciegos e incoherencias evidentes. Cuanto más inverosímil se vuelve, más se cree en ella. Esa pálida línea recta, la única que soy capaz de seguir en este instante —aunque sin la magia de aquella narración—, es más o menos la que sigue:

El señor Heliodoro, abuelo de este niño por parte de madre, era el encargado del sol y de las estrellas; por las

noches encerraba al sol y sacaba a las estrellas como se sacan a pastar las ovejas. Al amanecer recogía el rebaño y sacaba a pastar al sol. La Pasi, la hija de aquel anciano y madre de este niño que está aquí, fue una mujer plácida y hermosa que se casó con un poderoso rey en algún lugar del sur, cerca de las islas. Todo esto ocurrió hace mucho tiempo, antes de las guerras. Aquel era un reino opulento, el mismísimo Dios (el de ellos, el local) honraba al rey de las islas bebiendo aguardiente con él, y llegó al extremo de regalarle un enorme toro de pelaje blanco, un auténtico portento de toro. Pasaron los años y Dios conminó al rey a restituirle el toro como ofrenda. Pero al rey Manolo (Minos, Minos..., grita alguien) le pudo la avaricia y decidió engañarlo, sacrificando otro toro igual de robusto y cebado. ¡Cómo si fuera posible burlar a un dios! Descubierta el engaño, Dios se puso hecho una furia, se dijo: pastor avariento, por una oveja pierdes ciento. Ahora sabrás con quién te la estás jugando. Y se las apañó para que la Pasi, la apacible y fiel esposa de Manolo, pecara con aquel mismo y apuesto toro. (Un murmullo de reprobación atraviesa la multitud). De su ayuntamiento nació un bebé y el bebé era un hombre con el semblante de un toro, pues su cabeza era la de un toro. Su madre lo crió y cuidó de él, pero el burlado rey Manolo no soportó semejante humillación. No tuvo corazón para matar al niño minotauro pero ordenó que lo encerraran en los sótanos de palacio. Era aquel sótano un auténtico laberinto, un maestro albañil lo había proyectado de tal forma que, si uno entraba, ya no podía salir. Seguro que aquel albañil era de la tierra, un paisano, los de aquí son los mejores, los griegos son todos unos zánganos. (Un rumor de aprobación se extiende por la carpa). El maestro albañil no vio una moneda por su trabajo, pero esa es otra historia. Metieron al niño dentro, con tan solo tres añitos, lo arrancaron de los brazos de su papá y su mamá. Imaginaos lo que debió de sufrir el pobre angelito en aquella mazmorra oscura. (Y ahí las gentes empiezan a sollozar sin reparar en que ellas hacen exactamente lo mismo; es verdad que no durante toda la eternidad, solo un par de horas, pero

encierran igual a sus pequeños tras los gruesos muros de sus sótanos). De modo que lo arrojaron en el calabozo, prosigue el narrador, y el niño lloraba día y noche llamando a su mamá. Así hasta que, al final, la buena de la Pasi convenció al maestro albañil que había construido el laberinto para que sacara al niño en secreto y dejara un becerro en su lugar. Eso no sale en el libro, se queja un listo entre la multitud. Porque es algo, le espeta el narrador, que tiene que quedar entre nosotros, el rey Manolo no debe conocer el engaño, él aún no tiene ni la más remota idea. Y así fue como liberaron en secreto al niño de cabeza de toro y lo montaron en un barco rumbo a Atenas (el mismo que supuestamente iba a recoger también a las siete doncellas y los siete mozos para el Minotauro). Y así es también como desembarca el pequeño Minotauro en Atenas, donde lo encuentra un viejo pescador, que lo esconde en su choza, lo cuida un par de años y se lo entrega a un paisano, un pastor que todos los inviernos bajaba hasta el mar Egeo a apacentar sus búfalos, allá en el sur. Llévatelo contigo, le dijo, porque jamás encontrará un lugar entre las personas. Ojalá los búfalos lo acepten como si fuera uno de los suyos. ¿Entienden? Fue aquel pastor quien me lo entregó a mí, personalmente, hace ya algunos años. Tampoco lo quieren los búfalos, me dijo, no lo aceptan como a uno más, le tienen miedo, la manada se me dispersa todo el santo rato y ya no puedo tenerlo más conmigo. Y es desde entonces que viajo, de feria en feria, con este pobre huérfano abandonado de padre y madre, este huérfano que no es ni un hombre entre los hombres, ni un toro entre los toros.

Mientras dura el relato, el Minotauro mantiene la cabeza agachada, como si la historia no fuese con él. Tan solo emite un sonido gutural de cuando en cuando. El mismo que antes me brotaba a mí de mis labios sellados.

Enséñales cómo bebes agua, ordena su dueño y, visiblemente disgustado, el Minotauro se pone de rodillas, hunde la cara en el cubo de agua y sorbe ruidosamente. Ahora,